

**Poesía.** Los sueños, los insectos, el judaísmo, el destino y las transformaciones se dan cita en el nuevo volumen de versos de Yaki Setton.

## Un cuerpo listo para el desierto

POR SANDRO BARRELLA

¿El motivo del poema es el poema? Si aceptamos de manera provisoria la afirmación de esta premisa, *Langosta* es la puesta en acto de esa fe y su liturgia, vale decir: montar y desmontar un mecanismo; hacer visible una metamorfosis; exhibir los hilos de una máscara que nunca develará el rostro que oculta; volver transparente –esto es, ilegible– el sentido; ensayar las posibilidades del ritmo, entendido como el centro de gravedad que organiza la lectura. Si el motivo del poema es el poema, en *Langosta* se cumple en extremo, y en el conjunto de la obra de Yaki Setton representa un giro hacia el interior de una tradición que lo contiene sin definirlo: el judaísmo como una singularidad en lo universal.

Las cinco partes que componen el libro –la quinta, en rigor, es un solo poema que funciona como adenda o coda– persigue cada una su forma. En la primera, “Fin de hibernación”, los poemas son breves, casi epigramáticos, y exponen la condición de extrañamiento que atraviesa el libro tanto en el plano de la enunciación como en la trama referencial que pone en escena.

El primer poema abre con una pregunta que es respondida de inmediato: “Qué es la noche, que los párpados/ caigan, que el sueño se imponga”, y sigue luego un diálogo en el que la voz bien puede ser la misma, invariable, o acaso una escisión de quien enuncia, acaso un punto de fuga, la puerta de salida del yo, que siempre es más que uno. En la secuencia, la sucesión que la serie propone, la voz tiende a la indeterminación, muta, lo mismo que el cuerpo descripto, instrumento y caja de resonancia. ¿Pero, qué es ese cuerpo? ¿De quién? El último poema de esta sección arroja a la criatura transformada –que ha pasado por la tierra ignota que es el reino de los sueños– “en servidumbre al sol”. Un cuerpo listo para el desierto. ¿Algo menos o más que humano, un insecto?

La segunda parte, que lleva el mismo título del libro, asume la realidad de ese cuerpo en transformación –*Langosta*– como un destino, el devenir de una fatalidad que no percibe distinción entre interior y exterior, entre individuo y especie. “Es langosta y mira desde arriba. / avista pero no ve, / huele con su antena lo que viene. / Aunque no sabe qué hará.” Volvamos sobre lo dicho: ¿Qué es ese cuerpo? ¿De quién? El poema se tensa, la pregunta reverbera sobre la superficie inestable de la identidad, el campo ilusorio del yo. Del desierto, el quemante sol, las nubes –cúmulos de agua condensada o enjambres vibrantes–, al ámbito cerrado de un cuarto, una odisea en el espacio de la conciencia como estado alterado: “Te movés por debajo de la almohada, / mi cabeza apoyada, siento/ cómo

caminás sobre la funda/ de seda y señalás con destreza/ pesadillas y pensamientos/ que no me dejan.” El extrañamiento se volvió condición de existencia, la materia del mundo, una urdimbre indistinta.

Las dos partes que siguen, “Muda” y “Langosta”, que incluyen los poemas más extensos, exponen con naturalidad un proceso biológico realizado en la cultura. La metamorfosis es lo visible de esa relación, que no desdeña el conflicto, aun sabiendo que, “al fin y al cabo, no hay nada con lo cual luchar”, como escribió Kierkegaard y se lee en el epigrafe de inicio. En la transformación un cuerpo se revela en el enunciado de otro, lo animal y lo humano encarnan su semejanza, y se disuelve la línea que trazó en un comienzo el delirio febril del sueño. Todo se vuelve real: “Ahí, entre las matas de este oasis/ desértico te meneás buscando otros/ cuerpos para multiplicarte. Pero no, / no hay ya nada, nada ni nadie con quien/ frotarse al sol que pega en este mediodía/ impiadoso, verano o invierno, ad infinitum.”

Si en *Lej lejár*, Yaki Setton (Buenos Aires, 1961) convoca ciertos tópicos de la cultura judía –mejor dicho, de la historia textual de esa tradición– en *Langosta* el gesto se profundiza. El extrañamiento, la condición de extranjería, el carácter inasimilable del poema, no se opaca ni disminuye más allá de las referencias a Job, al Golem, a “aquel Dios/ del desierto y sus cuarenta años”; al desierto en sí, que atraviesa todo el libro y es menos un accidente topográfico que un atributo de ese Dios, y acaso sea en el carácter insumiso del texto donde haya que buscar su relación con el judaísmo y el núcleo irreductible que aún conserva, no en su aspecto religioso, sino en todo el esplendor de su laicidad.



LANGOSTA

**Langosta**  
Yaki Setton  
Bajo la luna  
90 págs  
\$2.750